

Reflexionado con Jeanne Chézard de Matel: Tercer Domingo de Cuaresma A
Diario 2, (391-392)

Selección de texto: Hermana Mildred Truchard IWBS

Traducción al Inglés y comentario: Hermana M. Clare Underbrink IWBS

El pasaje sobre la mujer samaritana es parte de una anotación más larga del diario en el cual Jeanne habla de cómo Dios la acaricia, le revela los secretos de su amor eterno, y la llama a anunciar su Evangelio de Amor. A través de la anotación ella evoca varios personajes bíblicos para describir el amor abundante de Dios que es dado libremente y libremente recibido.

Jeanne se refiere a la mujer samaritana a lo menos treinta veces en sus escritos. En estas descripciones, la mujer se encuentra con Jesús, es enseñada por él, lo adora, (a veces se enamora con él). El la convierte. Después deja su cántaro de agua y va a traer a sus compañeros a él para que ellos, también, lo adoren. Jeanne conecta la mujer samaritana con el Amado en el Cantar de los Cantares. La razón que estos eventos toman lugar a medio día (ver Cant 1:7 y Jn 4:6) es porque el sol está más fuerte en este tiempo. Es el medio día del amor puro. Aquí, Jeanne describe el encuentro con el evangelio de hoy:

El Evangelio fue proclamado sobre la mujer samaritana quien le pide al Divino Salvador el agua viva. Aunque no sabía ni del don de Dios ni de Aquel quien le estaba hablando y pidiendo agua, en su bondad, él le dice: “Si conocieras el don de Dios, si supieras quién es el que te pide de beber, tú misma le pedirías agua viva y él te la daría” (Jn 4:10).

Jeanne cita las palabras de Jesús en Latín, y la palabra traducida aquí de “pedirías” lleva un matiz de “deseando”; es Jesús quien, con su don de agua viva, satisface nuestros deseos más profundos. Jeanne lee el acontecimiento como una historia de amor paralela a su propia relación con Jesús.

Mi divino Amor me dijo que él me haría saber y experimentar quien es el que me estaba hablando a mí y como poseí el don de Dios. El don fue su Palabra y el Espíritu Santo. Teniéndolos a ellos, yo también tengo al Padre, pues ellos son inseparables. (...)1

Jeanne ha comprendido el significado del mensaje completo del evangelio de Juan: Jesús revela su naturaleza verdadera a cada persona con quien se encuentra. La persona (Nicodemo, el hombre ciego de nacimiento, el centurión, la samaritana, el paralítico en la piscina, etc.), primeramente esta inconsciente de quien es Jesús, después por un encuentro directo, personal, se va abriendo lentamente a la verdad: él es el YO SOY, la Palabra hecha carne, la presencia de Dios sobre la tierra. Así como Jesús se reveló a sí mismo a la mujer en el pozo, él se revela a sí mismo a Jeanne, y a cada uno de sus discípulos. El don, Jeanne dice, es Dios mismo, Padre, Hijo, y Espíritu habitando entre nosotros y en nosotros. Jeanne continúa:

El Divino Salvador me hizo ver como libremente él derrama su agua sobre las almas quienes lo reciben con confianza amorosa y gratuidad. Él tiene la misma generosidad hacia ellos. Él no se impone sobre ellos, los deja libres, así como a la mujer samaritana quien pudo rechazar o pedir el don de Dios y ésta agua viva.

1 El párrafo omitido aquí es una reflexión demasiado larga sobre la Trinidad en donde Jeanne describe como Dios le enseña.

Jeanne enfatiza el hecho de que es una relación amorosa la que se da aquí. El amor de Dios es dado gratuitamente y gratuitamente recibido. Solo la persona quien está abierta, confiada, y agradecida realmente recibe el don y por lo tanto reconoce a Jesús como el amor de Dios encarnado. Dios derrama su amor en sobreabundancia. Esto es de lo que todos tenemos hambre y sed, y todo lo que tenemos que hacer es recibirlo. Jeanne concluye:

“Mi inclinación”, el Salvador me dijo, “es más grande que las necesidades del alma. Mi amor sobrepasa todas las medidas para ser capaz de dar. No tiene otros límites si no de mi bondad en el cual está inmerso y que, de sí mismo, es contagioso. De mí misma, yo soy buena, y, en ti, so justa.”

En los escritos de Jeanne, la palabra *inclinación* muy frecuentemente se refiere a un amor afectuoso. Una vez más, estamos leyendo una historia de amor. Jesús ama a la mujer; Jesús ama a Jeanne – y cualquier alma que está abierta para aceptar ese amor – con un amor extravagante, y superfluo.

La expresión, “Mi amor excede toda medida para ser capaz de dar” es traducido literalmente. Una interpretación menos fuerte pudiera ser: “Mi amor sobrepasa todo lo que limita al poder de dar” o, “Nada puede limitar mi poder para dar”. La medida del amor de Dios es la medida de la bondad de Dios. La bondad de Dios – es sin medida, tan inmenso que ni siquiera pudieras imaginarlo. La realización lo hace contagioso. Uno no puede recibir tan gran amor sin darlo a otros. Dios es tan bueno que no podemos imaginarnos, y Dios elijo habitar entre nosotros, dándonos agua viva, haciéndonos justos, permitiendo llevar esa bondad a todos con quienes nos encontramos.

